

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 9 de

Enero de 1890.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta fuera de Barcelona un año id. 4 psetas
 Extranjero y Ultramar un año id. 8 psetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
 y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Inscripcion

En Lérida, Mayor 81, 2.
 Madrid, Valverde 24, principi
 derecha. En Alicante
 Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—¡Una Madre!—El Matrimonio y el Claustro (historia de dos hermanas).—Pensamientos.

¡UNA MADRE!

¿Qué es una madre?...

Es el ángel bueno de una familia, la sombra protectora del árbol gigantesco del amor, la fuente inagotable de agua cristalina, donde sacian su sed los inocentes niños, los hombres de edad madura y los octogenarios.

Una buena madre de familia es la Providencia de sus hijos, la prudente y sabia consejera de su marido, y el báculo donde se apoyan los abuelitos, niños grandes, quizá mas débiles muchas veces, que los pequeñuelos al dar sus primeros pasos.

¡Cuánto bien puede hacer una buena madre! ¡y para demostrar la veracidad de lo que decimos, vamos á referir una verídica historia de sencillo argumento y de doloroso desenlace.

Hace cinco ó seis años, que yendo una tarde por el hermoso paseo de Gracia, resonó en nuestros oídos una vocesita infantil que decía con dulzura:

—Señora, señora, una limosnita para un pobrecito ciego.

Volvimos la cabeza, y vimos un cuadro verdaderamente conmovedor. Sentados en un banco de piedra, estaban, un hombre de edad mediana, vestido pobremente, (pero con limpieza) y una niña de unos tres años, blanca y rubia, de rostro simpático y risueño; nos acercamos á ellos, y entablamos conversacion con el pobre ciego, que en breves palabras nos contó su historia.

Habia sido guarda de campo, y un cazador, inadvertidamente le arrojó sobre los ojos una perdigonada dejándole casi ciego; su esposa, la buenísima Serafina, mujer de gran corazón, empleó cuantos medios estuvieron á su alcance para hacerle recobrar la vista á su amado Simon, acudiendo á los mejores médicos, y á los más renombrados oculistas, mas solo consiguió acabar sus ahorros y perder toda esperanza de curación después de sufrir el pobre ciego once operaciones á cual mas dolorosas todas ellas.

Serafina, tomó su cruz sin murmurar, trabajando de noche y dia para mantener á su esposo y á tres niñas, y él la ayudaba implorando la caridad pública acompañado de su segunda hija, ángel de paz y de amor.

Nos inspiró tanta compasion aquel desgraciado, que quisimos conocer á su esposa, y fuimos á su casa, donde no supimos que admirar mas, si el arreglo y el órden que reinaba en aquel reducido albergue, ó la resignación y la actividad de

aquella madre de familia, mujer digna y amorosa, que era verdadera mente el sol que irradiaba en aquel hogar.

Apenas había sillas donde sentarse, pero no se veían esos vestigios repugnantes de la pobreza, aquellas niñas estaban limpias, peinadas, ella, la buenísima Serafina, llevaba un vestido de percal que hacía diez años que le usaba, lleno de zurcidos y de remiendos, pero sin una sola mancha, porque tenía la costumbre de considerar el agua y el jabón tan necesarios como el pan; Serafina era verdaderamente higienista, la limpieza para ella era la mitad del alimento, ¡cuánto valía aquella mujer! ¡cuántos héroes ignorados hay en la tierra!

Su marido la adoraba; si le preguntaban quien era Dios, contestaba que para él, no había más Dios que su compañera, pues por ella no conocía ni los horrores del hambre, ni el frío de la desnudez.

Cinco niños llegaron á sonreír en aquel humilde hogar, y el pobre Simon se creía feliz durmiendo á los mas pequeñitos en sus brazos.

Creuyendo mejorar algun tanto su triste situación, se trasladaron á Valencia, donde tenían algunos parientes, y allí vivieron dos años unidos por el cariño más verdadero, y cuando el último cólera tendió sus negras alas sobre la ciudad de los jardines, Serafina, la madre modelo, la esposa ejemplar, la Providencia de seis seres que por ella vivían unidos y casi felices en medio de su miseria, tembló de espanto ante el mensajero de la muerte, y en breves horas quedó sin vida, la que tanta vida daba á su infortunada familia, la que era el alma de aquel pequeño grupo de espíritus sencillos, humildes y amorosos.

El pobre Simon quedó como herido del rayo, sus pequeños hijos llamaban á su madre, pedían pan, y ya no estaba allí el ángel de la Providencia, la mensajera de Dios había vuelto á su patria. La niña más pequeña murió de frío, de hambre, en el cuerpo, de inanición en el alma, y sus cuatro hermanitos, ingresaron en un asilo de Beneficencia y el desgraciado, el infeliz ciego ha quedado solo con sus tristísimos recuerdos, con su amarga y dolorosa soledad.

Una mujer pobre y humilde, sostenía con su amor el calor de un hogar donde había mucha miseria, y mucha resignación; murió la madre, y aquellos tiernos niños, acostumbrados á dormir en los brazos de sus padres, han tenido que ingresar en una de esas casas hospitalitarias donde se abriga el cuerpo, pero donde se muere de frío el alma. El pobre ciego no ha sido egoísta, ha preferido el bien material de sus hijos, á la satisfacción de tener uno de ellos junto á sí.

Una madre, indudablemente, es el sol que irradia en el hogar. ¡Ay! de los huérfanos y de los enfermos desamparados; y si de una familia reducida, damos á esta centenares de individuos, y de estos centenares formamos un número de cantidades innumerables, á las cuales podemos llamar fracciones de la humanidad, estas familias numerosas también tienen una madre, y una madre amorosísima que mantiene el calor en muchos hogares, esta madre es la RAZON; sin ella hay muchos huérfanos desvalidos, muchos enfermos desamparados, muchos ciegos que tropiezan y caen, muchos locos que deliran negando la existencia de Dios.

¡Ah! si, si; la razón es la madre de la humanidad, pero para muchísimas fracciones no existe esa madre amorosísima, por que las religiones son las encargadas de darle un narcótico que la sumerge en un profundo sueño; sueño que á veces dura centenares de siglos, y distintas fracciones de la humanidad viven en la horfanidad más dolorosa, en el mas triste abandono, en la más completa ignorancia, se asemejan á los hijos del pobre ciego que hemos referido anteriormente, satisfacen el hambre del cuerpo, pero carecen por completo del calor del alma, y de consi-

guiente viven sin vivir, por que les falta el amor; la previsión maternal de la RAZON, madre amorísima que dá á sus hijos todas las nociones del bien, todos los impulsos del adelanto, todos los consuelos del trabajo y del progreso.

¡Bendita sea la Razón! madre amantísima de la humanidad, manantial inagotable de la ciencia, raudal de verdades eternas ¡feliz del que bebe en tus limpidas aguas!

Para una fracción de la humanidad la razón ha dormido con un sueño cataleptico diez y nueve siglos, los católicos apostólicos romanos, son huérfanos de madre, viven sin vivir porque les falta ese calor del alma, ese amor á lo grande, esa aspiración al progreso, esa adoración al adelanto, cuán dignos son de compasión! les consideramos como á los pobres recogidos en los establecimientos benéficos, su vida no es vida, porque viven sin amarse. ¿Y estarán condenados á vivir siempre así? No, es imposible, la catalepsia no es la muerte, la razón ha dormido para los católicos diez y nueve siglos, y hoy el progreso es el encargado de despertarla, él ha velado su sueño de muerte, él ha estudiado los fenómenos de su letargo, y ya sabe que es lo que se necesita para despertar á la razón, por eso le ha dicho así:

¡Madre de la humanidad; despierta! 217 400, 000 católicos ó sea la décima parte de los habitantes, gimen en la horfandad más dolorosa, desconocen puede decirse el amor al progreso, pues siempre que los génios han gritado ¡Hosanna! maravillados ante sus descubrimientos y ante sus portentosas y utilísimas invenciones, ellos, los católicos, los que escribieron el «*Syllabus*» ó sea el código de las maldiciones, han lanzado su excomunión y su anatema sobre todo lo grande, sobre todo lo bello, sobre todas las nobles aspiraciones de la humanidad. ¡Desgraciados! son los huérfanos que corren á la desbandada sin tener la menor noción de ese gran sentimiento que solo una madre sabe inculcar en sus hijos; y si bien es la décima parte de los terrenales la que carece del amor maternal, si por una oveja descarriada Jesús desandaba el camino andado y recorría el monte en todas direcciones, bien puede el Espiritismo recorrer la Europa donde hay 153 837,525 católicos, bien puede penetrar en Asia, donde hay 9.127,026 individuos pertenecientes á la iglesia romana, bien puede aventurarse sembrando su productora semilla en los campos vírgenes del Africa, donde hay 2 655,920 adeptos á las falseadas enseñanzas de Cristo, bien puede lanzarse á la exploración en las Américas septentrional y meridional donde hay 51.018,348 adoradores de vírgenes y Cristos que ha multiplicado la credulidad y la ignorancia; bien puede seguir avanzando en Australia y Polinesia, donde hay 671,566, miembros de la grey católica. Y todos esos cerebros donde las ideas no funcionan libremente, deben ser tocados por la varita mágica del progreso; tantos oídos sordos á las quejas de los desvalidos, deben escuchar la voz de los espíritus que vienen á decirnos:

—¿Quereis vivir?

—¿Quereis levantaros de vuestra postracion?

—¿Quereis emanciparos de la humillante tutela del oscurantisme?

—¿Quereis ser libres?

—¿Quereis ser grandes?

—¿Quereis ser amados?

—¿Quereis dejar un recuerdo imperecedero de vuestro paso por la tierra? pues amad á Dios en la naturaleza, rendidle culto practicando el bien en su nombre, buscad en la ciencia á los santos, á los héroes, á los mártires de la humanidad, y encontrareis legiones de filósofos, de matemáticos, de químicos, de físicos, de

anat6micos, de astr6nomos, de fisi6logos, de ge6logos, de naturalistas, de ingenie-
ros mec6nicos, de hidr6grafos, de hidr6logos, de microbi6logos, que han sacrifica-
do su vida en bien de la humanidad, consagrando todas las horas de su existencia
á los grandes descubrimientos, á las útiles mejoras en la industria, en las artes,
en el comercio, en las exploraciones, en las canalizaciones, en todo cuanto atañe
al progreso de la humanidad.

Sí, solo la voz de ultra-tumba conseguirá despertar á la razón, que duerme pa-
ra el catolicismo romano, y cuando la razón se despierte, 217.400.000 de católi-
cos entrarán en la vida del adelanto y tomarán parte en la civilización universal.

Espiritistas racionalistas, nosotros que sabemos que la razón es la madre amo-
rosísima que inculca en los pueblos los sanos principios de la moral, única y ver-
dadera religión, la razón que es la que impulsa al hombre á trabajar y á debérse-
lo todo á sí mismo; si queremos cumplir con hechos lo que tanto divulgamos con
palabras, démosles á nuestros hermanos los católicos la madre que les falta, son
tan desgraciados como los hijos del pobre ciego á que antes nos hemos referido;
viven en un asilo de beneficencia, sin las tiernas caricias de la ciencia universal:
sin el leal consejo del progreso, los católicos no toman parte en la vida de su
tiempo.

¡Ay! de los huérfanos! ¡ellos son los párias de los siglos! ¡Ay! de los católicos!
que su santa madre iglesia es para ellos una mala madrastra ¡infelices! ellos no
conocen más que la parodia del amor maternal, y como sabemos que el amor ma-
ternal es el que vigoriza, es hábito de vida, es la esencia de Dios fecundando cuan-
do existe, por eso deseamos que los católicos, carne de nuestra carne, y hueso
de nuestros huesos, puesto que como nosotros, pertenecen á la gran familia huma-
na, reciban como nosotros hemos recibido el ósculo bendito de la razón suprema,
madre amantísima que dice á los pueblos: ¡Enlazaos razas del Oriente y de Occi-
dente! unios un estrecho abrazo todos los que teneis ojos para ver, y oídos para
oir; uno es vuestro destino, y uno es vuestro deber. Para progresar eternamente
fuisteis creados. y solo amando progresan los espíritus.

¡Vivid y amad, amad y avanzad por medio del trabajo en la senda de la per-
fección!

Hé aquí lo que la razón dice á los hombres; por eso nosotros le rendimos culto
porque en ella vemos todo cuanto el espíritu encarnado puede ver en la tierra,
que con más elocuencia le hable de Dios.

Amalia Domingo Soler.

EL MARTRONIO Y EL GLAYSTRO.

(HISTORIA DE DOS HERMANAS.)

Las dos eran hermosas: Eloisa, con su tez morena aterciopelada, sus ojos ne-
gros, de mirar severo, y sus cabellos de azabache; Clotilde, con su color delicado
su cutis nacarado, sus ojos azules, de dulce y tranquila mirada, y sus cabellos do-
rados. Todos los días en esa hora del crepúsculo vespertino paseaban por el
jardín de su casa, Eloisa siempre rígida, sombría; Clotilde siempre pensativa y
sonriente.

Un tiempo llegó en que Eloisa no volvió á dar sus acostumbrados paseos; sólo
Clotilde continuó recorriendo aquel jardín sin abandonar su aire pensativo, sin que

ni por un instante dejara la sonrisa de vagar por entre sus hermosos labios; una tarde, sus miradas resplandecientes de felicidad fijáronse con insistencia en una valla que separaba su jardín del jardín vecino; se escuchó un ligero crujir de maderas, y pronto un grito de alegría de Clotilde, que corrió hacia la valla; una de las tablas había sido separada de las otras por un hombre que pudiéramos en justicia calificar de hermoso. Este hombre vestía de uniforme militar; era más bien alto que bajo y de una figura elegante, tenía un rostro algo pálido, coronado por cabellos negros muy espesos y naturalmente rizados; grandes ojos de un negro intenso animaban este rostro, que adornaba á mas una barba sedosa y rizada como el pelo. Una expresión de bondad y de energía á la vez impresa en sus facciones, se leía claramente en su mirada y en su sonrisa. Aquel rostro no podía engañar; bajo aquella envoltura de una belleza tan distinguida, había un corazón generoso, un espíritu noble y una gran inteligencia.

¿Quién puede pintar en el idioma humano la grata emoción, el feliz arrobamiento, la dicha suprema de dos seres jóvenes que en alas de los sueños de oro del primer amor, se remontan á un cielo de halagüeñas esperanzas, vislumbrando un porvenir de flores?.. No me siento capaz de cumplir tan alta misión. Así, sólo diré que después de permanecer algunos instantes estos dignos jóvenes sumidos, absortos, embriagados en la magnética corriente de una mirada, rompió el silencio Clotilde para decir:

—Miguel, he confesado nuestro amor á mi abuelo y quiere verte. Ven, pues,—añadió tendiéndole una mano.

—Espera—murmuró Miguel:—y un momento después había saltado la valla, y asidos de las manos se encaminaban á la casa, llegando bien pronto á la habitación del abuelo de Clotilde.

Era éste un anciano como de sesenta años, de aspecto bondadoso, y simpático rostro coronado de blancos cabellos.

—Abuelito—dijo la joven al entrar,—aquí tienes á Miguel.

Levantó la cabeza el anciano al escuchar la voz de su nieta, dejó la pluma con que estaba escribiendo sobre su mesa de despacho, y levantándose de su sillón se adelantó hacia los jóvenes, mirando fijamente á Miguel: no debió ser desfavorable para el joven el rápido examen que de él hizo, porque cogiéndole de la mano y señalando una silla, le dijo con alegre franqueza:

—Siéntate, Miguel, siéntate. ¿No es así como quieres que te trate?...

—Sí, señor—contestó éste con firmeza;—quiero que me trate usted enteramente igual que á Clotilde.

—Está bien, señor nieto—replicó el anciano bromeando;—vas á ver cómo trato á Clotilde;—y volviéndose á la joven, que á pocos pasos contemplaba con alegría esta escena, la dijo, ahuecando la voz:

—Señorita, tiempo tendrá usted de ver todo cuanto guste á este caballero; por hoy le quiero para mí solo, de modo que vaya usted á pasear al jardín.

Permaneció la joven un momento indecisa, pero al observar la mirada de profunda ternura que el anciano la dirigía, se adelantó hacia él, le besó en la frente, y salió sonriendo á Miguel.

Apenas hubo salido, dijo el anciano al joven, sin abandonar su cariñoso acento:

—Puesto que hace un año que hablas á mi nieta, sabrás que sus padres la destinan á ser monja, como su hermana Eloisa...

Lo sé, interrumpió el joven, pero eso no será mientras yo pueda impedirlo.

—Eloisa, continuó el anciano, es monja por que ella quiso; rechazó el lazo santo del matrimonio con indignacion, “porque en el matrimonio no puede alcanzarse la *perfeccion* que se necesita para llegar á ser merecedora de la *gloria*; porque el matrimonio es el estado más á propósito para condenarse por toda una eternidad.” Estas fueron las últimas palabras que me dijo aquella pobre extraviada. Clotilde, hijo mío, siempre me quiso más que Eloisa, y yo siempre la he querido también más que á su hermana: yo he hecho nacer en su mente la idea del matrimonio, logrando hacerla desear y querer ese lazo santo; y he hecho esto, porque no pienso como Eloisa ni como sus fanáticos padres que el matrimonio conduce al *infierno* y el claustro á la *gloria*, sino que el matrimonio conduce á la felicidad, y el claustro, más ó menos tarde, concluye en la desesperacion. Pide, pues, mi nieta á sus padres; ten por seguro que su contestación será una negativa, pero no importa; tú cumples con tu deber al dar ese paso, y cuando despues de darle estés convencido de que no me equivoco, entonces ampararos de la ley y sed felices; pero no olvides que este pobre viejo necesita de vuestra sombra para poder vivir los pocos dias que le queden de vida. Esto es lo que tenía que decirte: ahora debes marcharte; dueño soy de recibir á quien quiera en mis habitaciones, pero creo que es bueno que no te vean aquí.

Salió Miguel, prometiendo al anciano seguir sus consejos, así como que con su nieta saldría el de aquella casa; y tres dias despues volvió para hacer la peticion en regla de la mano de Clotilde. Mas el abuelo de ésta no se había engañado: Clotilde le fué negada; pero la ley se la concedió y un año más tarde la jóven era su esposa.

*
* *

Pasa la vida, y todo con ella un dia tras otro; así pues, transcurrieron seis años para todos nuestros personajes. Las últimas vagas claridades de un dia de otoño apagábanse lentamente, cuando el toque de una campana, hendiendo el espacio, avisaba á los mundanos que las religiosas de uno de los conventos de esta poblacion iban á dar principio á uno de sus innumerables rezos. Aprovechando esta ocasion, mientras las religiosas rezan, rogamos á nuestros lectores nos acompañen con el pensamiento á través de un sombrío claustro, alumbrado á trechos por opacas lámparas suspendidas delante de severos santos esculpidos en piedra ó pintados en tablas; y despues de recorrer una galería, en la que en el fondo de oscuros arcos se ven blancos sepulcros, cuyas fatídicas estátuas se alzan de rodillas como en representacion de una penitencia eterna, llegaremos por otra galería tétrica y silenciosa á una selda de desnudas paredes, en la que se ven una cama con un colchón, una mesa de piso, una silla, y, por todo adorno, sobre la cabecera de la cama, un cartón con una pililla con agua *bendita*, y sobre la mesa un Niño *de la Bola*, una imagen de Santa Teresa, otra de Santa Clotilde y algunas flores, que cogidas, sin duda, hacía bastantes días, acababan de ajarse en un pequeño jarro, medio lleno de agua. En esta celda, cuya sola vista hiela el espíritu, encontraremos á Eloisa.

Vedla, sentada en la silla de que hemos hecho mención, oculta el rostro entre sus manos. Al contemplar aquellas manos, que parecen de cera; aquella cabeza, cubierta con la blanca toca plegada alrededor del rostro, aquel cuerpo enflaquecido envuelto por el hábito negro, de largos pliegues flotantes, nadie hubiera conocido á la hermosa jóven de otro tiempo. ¿Qué siente el corazon de aquella religiosa?.... No es posible saberlo. Un suspiro se escapa de su pecho, levanta la cabeza, y posando los ojos en la imagen de Santa Clotilde y luego en las marchitas flores, exclama con voz débil:

—“¡Pobres flores!,”

¡Ah! ¡Cuántos pensamientos encerró aquella infeliz en esa sola exclamacion, cuántos reproches y cuánta desesperacion!...

La religiosa, siempre con los ojos fijos en aquellas flores, lloró, lloró mucho. De pronto oyóse toser con una de esas toses que parecen como que repercuten en el sepulcro, y entre sus manos apareció una gota de sangre; lanzó un débil gemido, se llevó una mano á su pecho, y mirando por última vez las flores y la imagen de Santa Clotilde, dejó caer su cabeza hácia atrás, apoyándola en el respaldo de su silla; su mas amarga gota de llanto rodó por su pálida mejilla, hasta caer sobre la gota de sangre que ocupaba el centro de la boca; aquellas dos gotas, al diluirse desaparecieron, y en aquella estancia donde momentos antes solo se oía el débil sonido de los latidos de un corazon, no se escuchó ya ningun ruido. Las tinieblas invadieron la celda, y entre aquel lúgubre silencio, oyéronse á lo lejos los cantos de las monjas en el coro, y el grito del buho junto con el ténue revuelo de los murciélagos...

*
* *

¿Qué era entretanto de Clotilde?... Vedla. Acaba de abandonar el lecho, y despues de arreglar un poco el desorden de sus cabellos de oro y de mirar algo inquieta por un balcon, desde el que se domina el jardin de la que hoy es su casa y el jardin de casa de su padres, se dirige, andando sobre las puntas de los piés, hácia una cuna que hay en uno de los ángulos de la habitacion.

En aquella cuna duerme una linda niña, blanca y rosa, cuyos blandos y ensortijados cabellos caen graciosamente, medio ocultando; sus hermosas facciones sobre los bordados de la almohada. Sin duda un dulce ensueño la acariciaba en aquel momento, porque su boca se entreabria con una encantadora sonrisa que iluminaba su rostro como un rayo de sol, mientras sus manecitas se agitaban, pareciendo que sostenian una lucha de caricias.

Contemplábala Clotilde, radiante de alegría cuando se dejo oir un lijero ruido en la habitacion inmediata. Era Miguel, que buscaba á su esposa. Volvióse la jóven hácia su marido, y poniendo un dedo sobre sus lábios, le señaló con la otra mano á la niña. Llegó Miguel hasta la cuna, rodeó con su brazo el talle de aquella mujer, á quien tanto amaba, y despues de cambiar un beso, se inclinaron los dos hácia su hija dormida. En aquel momento despertó la niña sonriendo, y al ver aquellas dos hermosas cabezas tan cerca, las enlazó echando sus brazos de rosa alrededor del cuello de cada una mientras decia con una, vocesita que parecia una preciosa melodía.

—Quiero vestirme para jugar ¡con Eduardo.

—Papá, papá—gritó en aquel instante otra vocesita con varonil acento desde el jardin;—papá, ¿cuándo baja Amalia?... Ya hace una hora que la estoy esperando, jugando con Leon.

Corrió Miguel al balcon al escuchar la voz querida de su hijo, y pudo ver al niño que, jinete de un perrazo negro, con un sable de juguete á la cintura, un gorro de papel en la cabeza y un latiguillo en la mano se paseaba al pié del balcon, con arrogancia. Al ruido que hizo su padre, levantó los ojos; se quitó el gorro con mucha gracia, y, enviándole un beso con la mano, repitió: “¿Cuándo baja Amalia?”

—Ya pronto, ya pronto—contestó la vocesita de la niña.

—Pues entonces—dijo Eduardo dando una palmadita al perro;—arre, Leon, vamos á recibir á papá Fernando, que veo venir hácia aquí.

Papá Fernando era el abuelo de Clotilde, que conforme á la promesa que le hiciera Miguel, vivia en compañía de sus nietos; los hijos de estos le querian mucho;

y él los adoraba. Miguel, al ver al anciano, bajó al jardín, y reuniéndose á él, le preguntó:

—Y bien, padre mio, ¿cómo está Eloisa?...

—Eloisa; hijo mio—contestó el anciano moviendo tristemente su venerable cabeza;—Eloisa, me han dicho que ha muerto *repentinamente* ayer noche.

—Pero.... empezó admirado el marido de Clotilde...

—Ni una palabra más, hijo mio—interrumpió el anciano.—Eloisa... ¡pobre flor que falta del rocío bienhechor del amor, se ha ido marchitando de día en día durante seis años, para morir del todo ayer noche!..

La pequeña Amalia llegó corriendo á besar al anciano, y un momento después aquellos dos niños, graciosos y encantadores como la alegría de la infancia, corrian por la hierba persiguiéndose, seguidos de cerca por el cariñoso perro Leon y de lejos por la mirada de su madre, que no cesa de dar las gracias á su anciano abuelo por haberla hecho amar el matrimonio, que siendo, como realmente el matrimonio debe ser, no es la *condenacion*, sino la *felicidad* eterna.

*
* *

Hermosas jóvenes, quien quiera que seais las que leais mi cuento: para vosotras, las que empezais ahora á recorrer el camino de la vida, ha escrito la que estas líneas traza la historia de Clotilde y Eloisa. He querido desplegar ante vuestros ojos un cuadro que hablará á vuestro cerebro y á vuestro corazón. Meditad, y ojalá que cuando llegueis un día á hacer vuestra eleccion, que esa eleccion no sea la que conduce siempre á la desesperacion, aun cuando se nos presenta muy dorada en la superficie: ese mentido brillo es para mejor ocultar las tinieblas que hay en su fondo, porque si fuera dado ver, antes de penetrar en esos antros de iniquidades; la desesperada tristeza, el horrible sufrimiento de un espíritu y un corazón abandonados á la frialdad é indiferencia de un claustro, entonces, creed á quien ningun interés puede tener en engañaros, entonces, repito, no habria quien quisiera ser monja ni fraile, y con el tiempo desaparecerían esos centros de hipocresía cuando no de maldad, llamados conventos.

Vuestra siempre invariable amiga,

ESPERANZA PEREZ.

5 Diciembre 1889.

PENSAMIENTOS.

Nadie agradece lo que no comprende.

Las mujeres, son los niños de las generaciones.

El inventar, es abarcar algo del infinito.

El estudio es lo que dignifica al hombre.

ERRATA.—En el número anterior en la penúltima línea de la página 297 dice: «Un hermoso día lleno de luz, te vi sonriente venir hacia mí». Debiendo decir: Pasó mucho tiempo. Un hermoso día, lleno de luz te vi venir hacia mí.